

¿RUPTURA O CONTINUIDAD?: DEBATES HISTORIOGRÁFICOS SOBRE LA POLÍTICA EXTERIOR DE ESTADOS UNIDOS EN LA GUERRA DE 1898

Barbara Southard

CRÍTICAS DE LA HISTORIOGRAFÍA ESTADOUNIDENSE

En 1995 enseñé por primera vez un curso graduado sobre Estados Unidos y la Guerra de 1898 en el Departamento de Historia de la Universidad de Puerto Rico. La mayor parte de los estudiantes matriculados ya había tomado mi curso sobre el Movimiento Progresista en el cual estudiaron el desarrollo de la vida social y de la política interna de la misma época. Estaban fascinados con las lecturas que tocaban temas innovadores tales como las relaciones de género y los discursos de poder. Fue muy difícil hacer una selección de lecturas igualmente interesantes para el curso sobre la Guerra. Los estudiosos de la política exterior estadounidense entran en discusiones detalladas de los acontecimientos pero hacen poco análisis interpretativo. A pesar de estas limitaciones, se suscitaron animadas discusiones en la clase. Varios estudiantes percibieron detrás de la fachada de análisis "objetivo", una agenda oculta de justificación de la adquisición de colonias.

Las inquietudes de mis estudiantes coinciden con las críticas de la historiografía norteamericana sobre la política exterior de Estados Unidos expresadas por los estudiosos de la materia. Estos últimos lamentaron que los historiadores de la política exterior estaban muy reacios a incorporar nuevas metodologías y

perspectivas.¹ Además, criticaron a los académicos norteamericanos por estudiar la política exterior desde una perspectiva “etnocéntrica” y “localista”.² Por ejemplo, Michael H. Hunt denunció la tendencia de hacer hincapié en el rol del estado y las acciones de los próceres sin tomar en consideración los factores socioeconómicos o hacer el esfuerzo de incorporar una perspectiva internacional.³

Según Edward P. Crapol, muchos historiadores han sido reacios a aceptar la realidad histórica del imperialismo estadounidense.⁴ Emily Rosenberg notó que los estadounidenses niegan la existencia de su imperio, mientras que los británicos se sienten muy orgullosos.⁵ Por ende, muchos historiadores estadounidenses buscan exonerar a su país en vez de entender y explicar los factores que propiciaron tendencias imperialistas a fines del siglo 19. Se ha invertido mucho esfuerzo intelectual en establecer una supuesta diferencia fundamental entre el expansionismo y el imperialismo y en justificar el uso del primer término (con una connotación inocua) para caracterizar las políticas estadounidenses.

Louis A. Pérez, Jr. denunció la obsesión de la historiografía norteamericana con el hundimiento del *Maine* en un artículo publicado en el *Pacific Historical Review* en 1989.⁶ Según Pérez, los académicos estadounidenses han concentrado toda su atención en el asunto del *Maine*. Por lo tanto, argumentan que este

¹ Charles S. Maier, “Marking Time: The Historiography of International Relations”, en Michael Kammen, *The Past Before Us: Contemporary Historical Writing in the United States*. Ithaca, Cornell University Press, 1980, pp. 355-387, citado en Edward Crapol, “Coming to Terms with Empire: The Historiography of Late-Nineteenth-Century American Foreign Relations”, *Diplomatic History*, vol. 14, núm. 4, 1992, pp. 573-574.

² Crapol, *op. cit.*, 575. Para apoyar su contención Crapol cita a Sally Marks, “The World According to Washington”, *Diplomatic History*, vol. 11, 1987, pp. 265-282.

³ Charles R. Lilley and Michael H. Hunt, “On Social History, the State, and Foreign Relations: Commentary on ‘The Cosmopolitan Connection’”, *Diplomatic History*, vol. 11, 1987, pp. 243-250, citado por Crapol, *op. cit.*, p. 583.

⁴ Crapol, *op. cit.*, pp. 585-597.

⁵ Emily Rosenberg, “The Empire Strikes Back,” *Reviews in American History*, vol. 16, diciembre 1988, 588-590, citado por Crapol, *op. cit.*, p. 586.

⁶ Louis A. Pérez, Jr., “The Meaning of the *Maine*: Causation and the Historiography of the Spanish-American War”, *Pacific Historical Review*, vol. 58, núm. 3, agosto 1989, pp. 293-322.

incidente fue la causa más importante de la guerra o, por lo menos, la última gota que hizo inevitable el conflicto. Esta obsesión con el hundimiento del *Maine* no es fortuita; al contrario, surgió como consecuencia de la predilección norteamericana por visualizar la guerra como el resultado inesperado de circunstancias particulares, en vez de un conflicto bélico iniciado con un propósito claro.

Muchos historiadores intentan demostrar que el presidente William McKinley no quería entrar en el conflicto, y que más bien fue la indignación pública sobre el hundimiento del *Maine* lo que lo obligó cambiar de opinión. Por ejemplo, David Trask en su libro *The War with Spain in 1898* señala que: “el pueblo, movido por impulsos poderosos e irracionales, dictó la decisión de abril de 1898.” Este tipo de explicación sobre la entrada de Estados Unidos en la guerra sirve para culpar a los impulsos irracionales del pueblo y a la naturaleza del sistema democrático en vez de apuntar a las ambiciones nacionales. Se afirma que los líderes políticos, obligados a rendir cuentas en las cercanas elecciones, no pudieron ignorar la opinión pública. Según un texto universitario de historia norteamericana publicado en 1987, el presidente McKinley, “creía en el principio democrático de que el pueblo debe gobernar y no quiso denegar a las masas estadounidenses lo que ellas exigieron —aun cuando exigieron algo que no les convenía.”⁸

A través de un análisis cuidadoso de decenas de textos tanto monográficos como panorámicos, Pérez documentó la obsesión de la historiografía norteamericana con el *Maine* durante casi un siglo. En palabras del autor:

...the very construct of the *Maine* as cause serves to advance larger if unstated assumptions about the war...War with Spain is represented as the result of an “incident,” an aberration...By implication, hence, the war is itself transformed simply into the final chance element in a series of random events, one in which the United States was overtaken by events it could not control. A war

⁷ David Trask, *The War with Spain in 1898*. New York, MacMillan and Co., 1981, p. 59, citado por Pérez, *op. cit.*, p. 301.

⁸ Thomas A. Bailey and David Kennedy, *The American Pageant*. Lexington, Massachusetts, D. C. Heath and Company, 1987, vol. II, p. 603, citado por Pérez, *op. cit.*, p. 318.

that happens also to serve as a means of territorial aggrandizement is an accident, and newly acquired colonial territories are portrayed as an incidental and wholly fortuitous outcome of this accident...⁹

Según Pérez, lo que se necesita en la actualidad es más investigación acerca del discurso histórico que se ha montado sobre el *Maine*, en vez de mas estudios sobre el rol del famoso buque en precipitar la guerra.

La obsesión con el hundimiento del *Maine* no se limita a los historiadores progresistas de principios del siglo ni a los liberales de las décadas del 1950 y del 1960. Historiadores revisionistas de la Nueva Izquierda de las décadas del 1960 y del 1970 también hicieron hincapié en la famosa explosión. Los revisionistas argumentaron que el imperialismo surgió como consecuencia lógica de las metas nacionales. Por ende, buscaron refutar el argumento que los líderes políticos estadounidenses cedieron a las presiones de un público airado debido al hundimiento del *Maine*. William Appleby Williams y Philip Foner argumentaron que facciones pro imperialistas manipularon el incidente del *Maine* con el propósito de influenciar la opinión pública a favor de entrar en la guerra.¹⁰

Dado que ambos bandos han inflado la importancia de un acontecimiento particular, el debate agrio entre los historiadores tradicionales y los revisionistas sobre el impacto del *Maine* no ha producido nuevas interpretaciones iluminadoras. Desde una perspectiva fuera del ámbito del mundo académico estadounidense, parece que los historiadores de la política exterior se han atascado en debates triviales.

LOS REVISIONISTAS Y SUS CRÍTICOS

¿Quiénes eran los revisionistas? ¿Qué aportaciones hicieron a la historiografía de la Guerra de 1898? Los revisionistas eran historiadores que cuestionaron la política exterior de la Guerra Fría (en particular, la intervención de Estados Unidos en

⁹ Pérez, *op. cit.*, p. 319.

¹⁰ *Ibid.*, p. 312.

Vietnam) y estaban dispuestos a examinar las políticas de fines del siglo 19 con ojos igualmente críticos.¹¹ Su aportación más importante fue la de cuestionar el consenso de que la adquisición de un imperio colonial fue el resultado de una serie de accidentes históricos.

Los historiadores más famosos de esta escuela fueron William Appleby Williams, el autor de *The Tragedy of American Diplomacy*, publicado en 1959, y Walter LaFeber, cuya obra *The New Empire: An Interpretation of American Expansionism, 1860-1898* salió en 1963. Ambos intentaron demostrar que la política estadounidense se fundamentaba en intereses económicos concretos que promovieron la búsqueda consciente de expansión comercial y territorial.

Los revisionistas destacaron la primacía de los factores económicos; mas, su análisis no cuadraba con el marxismo clásico. Williams no atribuyó el surgimiento del imperialismo a un solo factor, tal como la consolidación de los intereses industriales. Al contrario, hizo hincapié en el papel de los exportadores agrícolas que se unieron con los industriales y los políticos para exigir una política agresiva dirigida a la apertura de mercados nuevos. Todos estos sectores compartieron la creencia de que el acceso a los mercados internacionales garantizaría la prosperidad futura de la nación.¹²

Según LaFeber, los intereses industriales y financieros, y los aliados políticos de éstos, jugaron el papel protagónico a promover una política exterior agresiva y expansionista. Señaló que Estados Unidos no buscaba fundar un imperio extenso como el de los británicos. La meta fue la adquisición de pequeños territorios localizados en sitios estratégicos para poder proteger las rutas comerciales y lanzar intervenciones cuando fuesen necesarias para mantener o ganar acceso a mercados. La política exte-

¹¹ Véase la discusión del impacto de la Guerra Fría sobre los debates historiográficos en Emily Rosenberg, "Economic Interest and United States Foreign Policy", en Gordon Martel, *American Foreign Relations Reconsidered, 1890-1993*. London, Routledge, 1994, pp. 44-45.

¹² Joseph A. Fry, "From Open Door to World Systems: Economic Interpretations of Late Nineteenth Century American Foreign Relations", *Pacific Historical Review*, mayo 1996, vol. 65, p. 280.

rior de Estados Unidos representaba un esfuerzo consciente y deliberado de promover los intereses económicos de la nación.¹³

LaFeber no cuestionó la opinión general de que McKinley era un político de instintos pacíficos que hubiera preferido evitar un conflicto bélico. Lo que señaló fue que el Presidente se sentía obligado a entrar en la guerra para promover lo que percibía como los intereses vitales de la nación. La frase citada con mas frecuencia de la obra del historiador es la siguiente:

McKinley did not want war, he did want what only a war could provide: the disappearance of the terrible uncertainty in American political and economic life, and a solid basis from which to resume the building of the new American commercial empire.¹⁴

La tesis económica de los revisionistas provocó un debate intenso. Para refutarla, William Becker intentó demostrar que los hombres de negocio de fines de siglo se preocupaban más por el mercado nacional que por las exportaciones.¹⁵ Por su parte, Robert Beisner señaló que los hombres de negocio ejercieron presiones políticas para elevar las tarifas arancelarias (con el motivo de impedir la entrada de bienes extranjeros al mercado nacional), en vez de unirse a favor de una política gubernamental agresiva para abrir mercados exteriores. En la década de 1890, el valor de las exportaciones fluctuaba entre el seis y el siete por ciento del producto nacional bruto. Por lo tanto, concluyeron que las exportaciones tenían una importancia marginal en la economía estadounidense. En esta época más del 80 por ciento de las exportaciones estadounidenses fueron dirigidas a Europa,

¹³ *Ibid.*, p. 292.

¹⁴ Walter LaFeber, *The New Empire: An Interpretation of American Expansionism, 1860-1898*, Ithaca, Cornell University Press, 1963, citado por Fry, 282. En una obra reciente, LaFeber ha modificado este párrafo para incluir nuevos hallazgos. Véase la siguiente cita en *The American Age: U.S. Foreign Policy at Home and Abroad, 1750 to the Present*. New York, W. W. Norton and Company, 1994, p. 202:

The President did not want war. But he did want results that only war could bring: protecting property in Cuba, stopping the revolution before it turned sharply to the left, restoring confidence in the U.S. business community, insulating his Republican party from Democratic charges of cowardice in safeguarding U.S. interests, and giving himself a free hand to deal with the growing Asian crisis. For these reasons, McKinley took the country into war in April, 1898.

¹⁵ William H. Becker, *The Dynamics of Business-Government Relations: Industry and Exports, 1893-1921*. Chicago, University of Chicago Press, 1982.

Gran Bretaña y Canadá, mientras que América Latina y Asia compraron solamente entre el 13 y el 14 por ciento del total de los bienes exportados.¹⁶ Los críticos de la tesis económica citan estas estadísticas con el propósito de demostrar que los mercados de Asia y de América Latina no eran de importancia vital para asegurar la prosperidad económica de Estados Unidos a fines de siglo. Por ende, los antirevisionistas concluyeron que no hay fundamento alguno para argumentar que la expansión comercial era el motivo principal para la entrada de Estados Unidos en la guerra.

En el empeño de refutar la tesis revisionista, otros historiadores destacaron la preponderancia de factores no económicos en la decisión de entrar en la guerra. Lewis Gould, autor de varias obras sobre la presidencia de McKinley, describió al presidente como un político hábil que consultaba con industriales y financieros prominentes, pero nunca actuaba como portavoz de intereses especiales. Según él, McKinley se preocupaba por el prestigio nacional y la promoción del liderato estadounidense en el hemisferio. Además, lo estimuló la razón humanitaria de poner fin a las matanzas de la población civil en Cuba. Gould finalizó su argumento con las palabras siguientes: "The nation's motives owed far more to the better side of American life than posterity has recognized."¹⁷

En una obra más reciente, John Offner ofrece otra interpretación de los motivos de McKinley. En esta versión, es representado como un presidente asediado por las luchas partidistas en Washington.¹⁸ Los demócratas y populistas estaban exigiendo acción decisiva para poner fin a las atrocidades en Cuba. Los republicanos, representantes del partido mayoritario que controla-

¹⁶ Robert Beisner, *From the Old Diplomacy to the New, 1865-1900*. 2^{da} ed., Chicago, Harlan Davidson, Inc., 1986, pp. 21-24. Véase también las obras de David Pletcher.

¹⁷ Lewis Gould, *The Spanish American War and President McKinley*. Kansas, University Press of Kansas, 1982, extracto reproducido en Thomas G. Paterson and Stephen G. Rabe, eds., *Imperial Surge: The United States Abroad: The 1890s-Early 1900s*. New York, D. C. Heath and Company, 1992, p. 47.

¹⁸ John L. Offner, *An Unwanted War: The Diplomacy of the United States and Spain over Cuba, 1895-1898*. Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1992. Una reseña de Joyce Goldberg ofrece un resumen excelente de la tesis central del libro. Véase "Nobody's Splendid Little War", *Diplomatic History*, vol. 18, 1994, pp. 415-418.

ba el Congreso y la presidencia, temían que la política cautelosa y pacífica de McKinley cediera la ventaja política a la oposición. McKinley quiso evitar la guerra, pero adoptó una estrategia más agresiva para mantener el dominio de su propio partido y defender el liderato presidencial. En resumen, Offner resalta la importancia de factores de índole político y partidista, minimizando así las motivaciones económicas. En la obra de Offner, publicada en 1992, se ha revertido a la tesis tradicional de que la intervención estadounidense se produjo debido a una combinación de circunstancias especiales entre las cuales no medió el impulso hegemónico. Por eso, su obra ilustra la tenacidad de la tendencia apologética apuntada por Pérez.

Los revisionistas ofrecieron un respiro ante las explicaciones apologéticas. Por otro lado, han sido criticados por abrazar aquellas teorías de determinismo económico que no toman en cuenta los factores múltiples que influyen en las acciones humanas. En realidad, ¿hasta qué punto lograron integrar en sus argumentos los factores ideológicos y de poder?

Los defensores de William Appleby Williams señalan que el distinguido historiador daba mucha importancia a los factores económicos sin defender el determinismo económico. Según Joseph Fry, la tesis central de Williams tenía más que ver con las ideas, y con el concepto de consenso cultural, que con las fuerzas económicas. Williams decía que los agricultores, los hombres de negocio y la elite política compartieron una perspectiva mundial que vinculaba el bienestar nacional con la expansión comercial. Según Fry, se puede resumir la tesis central de la obra de William Appleby Williams en las palabras siguientes: "U.S. farmers, businessmen, and policymakers acted from a 'Weltanschauung' or world view that equated commercial expansion and national welfare."¹⁹

En respuesta a los ataques de los antirevisionistas, LaFaber ofrece una versión más sofisticada de la tesis económica en sus obras recientes. Rechaza la afirmación de que McKinley fuera influenciado por el clamor público, la prensa amarilla o las

¹⁹ Fry, *op. cit.*, p. 300. Véase William Appleman Williams, *The Tragedy of American Diplomacy*, 2^{da} ed., New York, W. W. Norton, 1972, p. 37.

denuncias de su alegada cobardía por parte de los demagogos de la oposición. Lo representa como un político responsable que prestaba mucha atención a las opiniones de los hombres serios de la elite, algunos de los cuales tenían puestos en su administración y otros pertenecían a su círculo social. Estos consejeros avisaron al presidente que España estaba a punto de perder el control sobre Cuba, y le transmitieron sus temores de que el colapso del aparato gubernamental español provocara una revolución social dañina a los intereses estadounidenses. Recordaron al presidente la localización estratégica de Manila para facilitar acceso al mercado chino y, además, señalaron que la economía estadounidense había recuperado suficientemente para sostener un conflicto bélico. LaFeber no basa su argumento en evidencia de la influencia de individuos específicos que buscaban empujar sus propios intereses económicos. El historiador sostiene que los hombres de la elite política y económica, a la cual pertenecía McKinley, compartieron una visión común de los intereses nacionales²⁰, con lo que, evita ser atacado por teorías semiconspiratorias.

En las décadas de 1960 y 1970, se gastó mucha energía en debatir la importancia relativa de los factores económicos y no económicos en la formulación de la política exterior a fines del siglo 19. Fue a partir de la década de 1980 que una nueva generación de historiadores se dedica a explorar otros aspectos de los argumentos revisionistas, tales como el marco ideológico compartido entre la elite económica y los líderes políticos de la época. Para hacer más inteligible las contradicciones entre las tendencias democráticas e imperialistas de la época, necesitamos nuevas investigaciones sobre las actitudes culturales que sirven de base a la política.

Otro punto planteado por los revisionistas fue el grado de continuidad que existía en las directrices de la política exterior a lo largo del siglo 19. LaFeber y Williams no visualizaban las acciones de 1898 como una aberración o una fase nueva. Además, LaFeber incluyó las relaciones con los indios como parte integral del desarrollo de una política exterior imperialista. Este autor

²⁰ LaFeber, *The American Age*, pp. 200-204.

intentó demostrar que Estados Unidos era una potencia agresivamente expansionista desde su fundación. El desarrollo acelerado de la economía, combinado con el incremento demográfico (la población se duplicó cada 20 a 25 años) produjo una demanda insaciable por nuevas tierras y mercados. El desarrollo industrial de la segunda mitad del siglo fue la continuación de tendencias capitalistas ya establecidas.²¹

¿Qué aportaciones hacen los historiadores de las décadas de 1980 y 1990 a la discusión sobre el rol de la ideología, la cultura y los discursos de poder? ¿Qué opinan sobre la cuestión de continuidad en la política exterior norteamericana?

EL RACISMO Y LA IDEOLOGÍA CAPITALISTA LIBERAL EN EL IMPERIALISMO ESTADOUNIDENSE: LAS APORTACIONES DE LOS HISTORIADORES CULTURALES

La obra de Stuart Anderson *Race and Rapprochement: Anglo-Saxonism and Anglo-American Relations, 1898-1904*, publicada en 1981, resalta el rol de la ideología en las relaciones exteriores. No fue sólo la rivalidad con Alemania lo que motivó a Gran Bretaña a apoyar a Estados Unidos en su conflicto con España. El reaceramiento angloamericano coincidía con el surgimiento de una ola de retórica racista en ambos países. Este discurso anglosajón representaba a las dos naciones como ramas de una misma raza superior con la misma misión civilizadora. El triunfo anglosajón sobre la cultura, supuestamente atrasada y bárbara, de los españoles era inevitable.²²

El culto al anglosajonismo se remonta a la primera mitad del siglo 19, pero Anderson afirma que el concepto hacía referencia a características culturales en vez de raciales en el período antes de la Guerra Civil. La teoría de la supervivencia de los más aptos, aplicada a la sociedad humana por los darwinistas sociales en las últimas décadas del siglo, proveyó argumentos

²¹ *Ibid.*, pp. 42-44, 71-73, 157-187.

²² Stuart Anderson, *Race and Rapprochement: Anglo-Saxonism and Anglo-American Relations, 1898-1904*. Madison, New Jersey, Associated University Presses, 1981, pp. 112-129.

seudocientíficos para afirmar una base biológica para la supuesta superioridad racial anglosajona.²³

Según Anderson, los opositores a las tendencias imperialistas cuestionaron el culto anglosajón. Señalaron la diversidad étnica de la población estadounidense en la cual menos de 50 por ciento pudieron afirmar que tenían antepasados ingleses. Los humoristas ridiculizaron a la idea de exhortar a los descendientes de irlandeses (mayormente celtas) polacos, rusos, italianos y afroamericanos a celebrar los triunfos anglosajones de la nación.²⁴

La obra de Michael Hunt *Ideology and U.S. Foreign Policy* (publicada en 1987) presenta datos adicionales sobre el rol del pensamiento racista en promover el imperialismo. Según Hunt, el discurso anglosajón asignaba a cada pueblo un escalón en la jerarquía racial. Los anglosajones (supuestamente la raza superior) eran pueblos enérgicos e independientes que fomentaron las instituciones democráticas. Sus primos teutónicos, los alemanes, compartían la energía y disciplina de los anglosajones pero no tenían su dedicación a la libertad. Los pueblos inferiores incluían a los eslavos de Europa Oriental y los pueblos latinos como los españoles y portugueses, representados como perezosos y bárbaros con perspectivas medievales (se citaron los abusos de la población civil cubana cometidos por el comandante Weyler como típicos de la personalidad brutal de los españoles). Los indígenas y los africanos ocuparon el lugar mas bajo en la escala. La mezcla de los españoles con estos elementos produjo una raza que suponían muy inferior en las colonias.²⁵

Hunt afirma que la influencia del pensamiento racista europeo fue un factor importante, mas la necesidad de justificar el desplazamiento de los indios y la esclavitud negra fortaleció el auge de una ideología racista en Estados Unidos.²⁶ A lo largo del siglo 19, se defendía la apropiación de las tierras indias en términos del avance inevitable de la raza superior. Los políticos a

²³ *Ibid.*, pp. 26-30.

²⁴ *Ibid.*, p. 120.

²⁵ Michael H. Hunt, *Ideology and U.S. Foreign Policy*. New Haven, Yale University Press, 1987, sumario reproducido en Paterson y Rabe, *op. cit.*, pp. 14-31.

²⁶ *Ibid.*, pp. 29-30.

favor de guerra con México en 1846 afirmaron que los mexicanos eran tan primitivos como los indígenas, y, por lo tanto, merecieron la misma suerte.²⁷ Según Hunt, la misma ideología racista sirvió de base para la expansión territorial antes de la Guerra Civil y la toma de colonias en ultramar a fines de siglo. Por lo tanto, descarta la tesis de que el imperialismo de 1898 fuera una nueva tendencia o una aberración histórica. Las suposiciones culturales que sirvieron de base para la expansión continental y la adquisición del imperio ultramarino fueron casi idénticas. Por eso, Hunt argumenta que no es lógico tratar las varias olas del expansionismo decimonónico como si se tratara de movimientos históricos distintos.

El estudio de la subyugación de Filipinas de Stuart Creighton Miller²⁸ *"Benevolent Assimilation": The American Conquest of the Philippines, 1899-1903* se publicó en 1982. Según el autor, la ideología racista moldeaba las actitudes de los soldados, sus comandantes y los políticos que apoyaron una política militar agresiva con el propósito de subyugar las islas. Se comparaban los filipinos con los afroamericanos y con los indios americanos; los militares los llamaban "niggers" o "gugus". Además, representaron a los filipinos como un pueblo ingrato que no apreciaba la ayuda militar estadounidense en la lucha contra España ni los beneficios de la civilización norteamericana. Se denunció el uso de tácticas guerrilleras por parte de los independentistas filipinos (para poder contrarrestar la tecnología bélica superior de los estadounidenses) como evidencia de su barbarismo.²⁹ Los soldados estadounidenses concluyeron que no era necesario observar las reglas de la guerra civilizada cuando se trataba de un enemigo incivilizado. En sus discursos políticos, Theodore Roosevelt denunciaba a los filipinos como "salvajes o apaches", apoyando así los estereotipos que justificaron las masacres de la población civil.³⁰

²⁷ *Ibid.*, p. 23.

²⁸ Stuart Creighton Miller, *"Benevolent Assimilation": The American Conquest of the Philippines, 1899-1902*. New Haven, Yale University Press, 1982, p. 58.

²⁹ *Ibid.*, pp. 179-189.

³⁰ *Ibid.*, pp. 152, 206.

Según Hunt, el racismo no fue el único elemento de la ideología nacional que justificaba el imperialismo. El otro concepto clave fue el de la misión especial del pueblo estadounidense de llevar instituciones libres a todas partes de mundo. La nación, nacida de una lucha contra la tiranía, debía cumplir la encomienda de transmitir el mensaje de libertad a la humanidad. McKinley abrazó esta nueva versión del Destino Manifiesto en un discurso presentado en Boston cuando proclamó que Estados Unidos debía aceptar el reto del destino de guiar a Filipinas, Cuba y Puerto Rico por el camino hacia el progreso “bajo la providencia de Dios.”³¹

Emily Rosenberg investiga más detalladamente el papel que jugaba el concepto de la misión especial en la política exterior en su libro *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion, 1890-1945*.³² Según Rosenberg, los estadounidenses creían que habían desarrollado un modelo de aplicación universal para lograr la modernización económica, abriendo una nueva época de oportunidad y prosperidad. Este modelo, llamado “desarrollismo liberal”, se fundamenta en los siguientes conceptos claves:

(1) confianza de que será factible y deseable reproducir el modelo del desarrollo económico norteamericano en otros lugares, (2) fé en la libre empresa, (3) promoción del acceso libre para el comercio y la inversión, (4) promoción de la circulación libre de información y de cultura, (5) la necesidad de intervención gubernamental para proteger la empresa privada.³³

En resumen, la teoría del “desarrollismo liberal” se basa en el concepto de que la competencia abierta, tanto en la esfera ideológica como en la tecnológica, es la mejor garantía del progreso. Por consiguiente, la penetración de otros países por los productos y las ideas estadounidenses fomentaría la modernización y la prosperidad. Según la ideología liberal, el individuo en búsqueda de maximizar sus ganancias hace una aportación al

³¹ Hunt en Paterson y Rabe, *op. cit.*, pp. 15-19. Cita p. 17.

³² Emily S. Rosenberg, *Spreading the American Dream: American Economic and Cultural Expansion 1898-1945*. New York, Hill and Wang, 1982.

³³ *Ibid.*, p. 7 (traducción libre de la autora).

bienestar común. De igual manera, la exportación de bienes y de capital por las empresas estadounidenses servía de estímulo a la economía internacional. Pocos intelectuales de la época tomaron en consideración la posibilidad de que las inversiones en otros países pudieran trastornar la economía local y producir consecuencias culturales no anticipadas. Al contrario, representaron la resistencia a la penetración capitalista como un esfuerzo inútil de impedir la marcha inevitable del progreso. Así que la filosofía del “desarrollismo liberal” justificaba varios modos de extender la influencia estadounidense en el exterior³⁴, fuera por la adquisición de colonias o mediante el imperialismo informal.

Ni Hunt ni Rosenberg se fijaron en las contradicciones entre la ideología racista y la de “desarrollismo liberal”. De primera instancia, estos dos discursos parecen ser contradictorios. El racismo nos presenta la visión de una jerarquía estática en la cual los genes determinan el destino de los individuos y los grupos humanos. Por otro lado, el “desarrollismo liberal” es una filosofía dinámica que afirma la posibilidad del cambio y del progreso. Grupos subordinados que adopten los ideales del progreso pueden tener la expectativa de lograr la movilidad social.

Por otro lado, se puede argumentar que los dos discursos son complementarios en vez de contradictorios. La antropóloga Agnes Smedley quien analizó la ideología racista prevaleciente en el siglo 19, afirma que el espíritu igualitario que guiaba las relaciones entre hombres blancos en Estados Unidos se basaba en la exclusión de los demás.³⁵ La elite se hubiera sentido demasiado amenazada si los negros, los indios y las mujeres hubieran gozado también de oportunidades de subir en la escala social, por sus propios esfuerzos, en un ambiente de competencia abierta. De igual forma, los estadounidenses hubieran sido aprensivos sobre el futuro si la aplicación de la doctrina competitiva del “desarrollismo liberal” a la esfera internacional, no hubiera estado ligada a las creencias racistas. Estaban convencidos de que

³⁴ *Ibid.*, pp. 9-13.

³⁵ Audrey Smedley, *Race in North America: Origin and Evolution of a World View*. Boulder, Westview Press, 1993, pp. 195-196. Véase también Edmund S. Morgan, *American Slavery, American Freedom: The Ordeal of Colonial Virginia*. New York, W. W. Norton and Company, 1975.

Estados Unidos merecía una posición dominante entre las naciones del mundo debido a los esfuerzos del pueblo para construir una economía moderna. Por otro lado, se preocupaban por la posibilidad de que otros pueblos pudieran despertarse y destacarse en el futuro, relegando a sus mentores a un papel secundario. El racismo mitigaba temores de esta naturaleza. Según el razonamiento racista, las características genéticas de los pueblos anglosajones (Gran Bretaña y Estados Unidos) garantizaban su éxito en un ambiente de competencia abierta. Por eso, sería muy improbable que los japoneses, u otro pueblo supuestamente inferior, pudiera reemplazarlos como los líderes mundiales.

LA PERSPECTIVA DESDE LAS PERIFERIAS DEL IMPERIO ESTADOUNIDENSE

A pesar de que el libro de Rosenberg antes mencionado no analiza en detalle el impacto del Sueño Americano en otros países, la autora está consciente de la probabilidad de que las repercusiones hayan sido negativas en muchas instancias. En un artículo publicado recientemente, denuncia al etnocentrismo que se manifiesta en las historias de la política exterior estadounidense. Con el propósito de contrarrestar “la arrogancia política y la ceguera cultural que generalmente caracteriza los grandes centros de poder” la historiadora exhorta al gremio a “caminar los márgenes del poder global” (“walk the borders of global power”).³⁶

Uno de los primeros historiadores que adoptó la perspectiva periférica fue Walter L. Williams, quien investigó el expansionismo norteamericano desde el punto de vista de los indígenas, en un artículo publicado en 1980. Williams refuta la dicotomía artificial entre el expansionismo y el colonialismo que ha sido un concepto medular en la historiografía estadounidense. Afirma que el término “expansionismo” debe ser utilizado cuando se trata de desplazar otro pueblo de tierras deseables o de in-

³⁶ Emily S. Rosenberg, “Walking the Borders”, en Michael J. Hogan and Thomas G. Paterson, *Explaining the History of American Foreign Relations*. 2^{da} ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1996, pp. 24-35. Cita p. 27.

corporar otra gente dentro del mismo estado, como los ingleses integraron a los escoceses en el Reino Unido. Por otro lado, el colonialismo implica la conquista, seguida por la imposición del dominio de un pueblo sobre otro, sin la intención de incorporar los miembros del pueblo conquistado como ciudadanos con derechos iguales. En palabras del autor:

Colonialism involves the conquest and control of culturally different peoples, who are so dissimilar that they cannot be easily incorporated but must be ruled as subjects outside the political process.³⁷

Sin duda alguna, se trató a los indios como súbditos colonizados. Las decisiones del Tribunal Supremo en los casos de los cheroquíes en la década del 1830 establecieron que los indios ocupaban una posición análoga a la de los menores custodiados por el estado. En 1884, el Tribunal decidió que los derechos de la ciudadanía y de igualdad bajo la ley garantizados por la enmienda 14 a la Constitución no aplicaban a los indios. A fines del siglo 19, el gobierno federal tenía poderes casi ilimitados sobre la población indígena.³⁸

Los líderes de la campaña contra la anexión de Filipinas en 1899 afirmaron que no hubo ningún precedente histórico para imponer el dominio estadounidense sobre otros pueblos, sin incorporarlos como ciudadanos. Williams señala que esta afirmación fue generalmente aceptada por los historiadores sin examinar la evidencia contraria. Por otro lado, los políticos que favorecieron la anexión de Filipinas argumentaron con más precisión histórica que los fundadores de la República no vacilaron en imponer su voluntad sobre los pueblos indios. Señalaron que los primeros presidentes estaban convencidos de que aquéllos no tenían la capacidad de gobernarse. En 1899, era evidente que el público norteamericano aceptó el argumento imperialista de

³⁷ Walter L. Williams, "United States Indian Policy and the Debate over Philippine Annexation: Implications for the Origins of American Imperialism", *The Journal of American History*, vol. 66, marzo 1980, pp. 810-812. Cita p. 812.

³⁸ *Ibid.*, pp. 811-813.

que las ideas de la Declaración de Independencia no podría aplicarse a pueblos supuestamente no civilizados.³⁹

Aún los reformadores que se postularon como protectores de los indios contra la explotación de los blancos, no respetaron las culturas indígenas,⁴⁰ pues aconsejaron a los indios abandonar la cultura tradicional para poder compartir los beneficios de la civilización moderna. El concepto de la misión tutelar del pueblo norteamericano se originó en el trabajo de los reformadores organizados para exigir la modificación de la política oficial hacia los indígenas. Aspiraban capacitar a los indios para que gobernasen y participaran en la economía moderna. De la misma manera, se visualizó a los pueblos insulares, conquistados durante la Guerra de 1898, como razas dependientes y necesitadas de la dirección estadounidense.⁴¹

Williams llega a la conclusión de que la supuesta "expansión" hacia la frontera occidental en realidad fue un proceso colonialista. Las actitudes colonialistas hacia los indios eran parecidas al trato dado a los pueblos insulares incorporados en el imperio estadounidense a partir de la guerra de 1898. Para justificar la subyugación de los indígenas se desarrolló el discurso del tutelaje, según el cual los estadounidenses tenían la responsabilidad para guiar pueblos inferiores hacia el progreso y la prosperidad. Este discurso sirvió de base para el desarrollo de las instituciones de gobierno en Puerto Rico y Filipinas.

Según Williams, la adquisición de colonias en ultramar a fines de siglo no representó una nueva dirección política y mucho menos una aberración histórica. Al contrario, la anexión de Filipinas fue la culminación del patrón decimonónico de adquisiciones territoriales. No fue hasta el siglo 20 que Estados Unidos optó por la nueva estrategia del imperialismo informal, caracterizado más bien por el dominio comercial que por la anexión política.⁴²

³⁹ *Ibid.*, pp. 817-825.

⁴⁰ *Ibid.*, p. 814.

⁴¹ *Ibid.*, pp. 825-827.

⁴² *Ibid.*, p. 831.

Las obras de académicos cubanos y puertorriqueños que viven y trabajan dentro de las fronteras del imperio estadounidense complementan el trabajo de Williams sobre los indios. Estos historiadores han llevado a cabo la encomienda propuesta por Rosenberg de investigar el imperio desde la perspectiva de la gente alejada del centro de poder. No es sorprendente que sus hallazgos cuestionen las premisas de la historiografía tradicional.

Louis Pérez se ha dedicado a revisar la tesis de que Estados Unidos adquirió un imperio debido a una serie de accidentes históricos. En su estudio de la política estadounidense hacia Cuba, Pérez muestra que el interés en la adquisición de la isla data desde principios del siglo 19. Antes de la guerra, Estados Unidos no sólo dominaba la economía sino que ejercía mucha influencia sobre la cultura cubana.⁴³ A pesar de que la guerra no produjo la anexión formal, el propósito de Estados Unidos siempre fue asegurar su dominio sobre la isla. Estados Unidos no intervino hasta que los rebeldes estuvieron a punto de expulsar a los españoles. El motivo fue evitar que se estableciera una nación independiente que pudiera implantar una revolución social contraria a los intereses estadounidenses.⁴⁴

Según Pérez, los estadounidenses denunciaron a los revolucionarios como agitadores, más interesados en entregarse al saqueo que obtener la libertad política. El presidente McKinley fue muy consistente al mantener la posición de que los cubanos no tenían la capacidad de gobernarse. No fueron los partidarios de McKinley sino sus oponentes políticos los que propusieron la enmienda Teller que afirmó que Estados Unidos no tenía intención alguna de anexar a Cuba. El presidente aceptó la enmienda a regañadientes para evitar que el Congreso reconociera la independencia de Cuba.⁴⁵

El ejército norteamericano relegó a los rebeldes cubanos a un papel marginal en el conflicto para poder reclamar que las armas estadounidenses determinaron el resultado militar. Esta

⁴³ Louis A. Pérez, Jr., *Cuba and the United States: Ties of Singular Intimacy*. Georgia, University of Georgia Press, 1990.

⁴⁴ Louis A. Pérez Jr., "Cuba: The Platt Amendment", en Paterson y Rabe, *op. cit.*, pp. 153-156.

⁴⁵ *Ibid.*, pp. 156-158.

estrategia fue diseñada para asegurar que Estados Unidos negociara unilateralmente con España sin la obligación de contar con los cubanos en la conferencia de paz.⁴⁶ En palabras de Pérez: "The intervention changed everything as it was meant to. A Cuban war of liberation was transformed into a U. S. war of conquest."⁴⁷ En resumen, Pérez sostiene la tesis de que la política de McKinley hacia Cuba fue conscientemente imperialista.

En el caso de Puerto Rico, se puede ver una diferencia generacional en la interpretación histórica de los motivos de la invasión norteamericana. El historiador más respetado de la vieja generación, Arturo Morales Carrión, compartió la opinión de la mayor parte de los académicos estadounidenses de que la invasión de la isla fue una consecuencia no planificada de la guerra. En un artículo publicado recientemente, Gervasio García hace referencia a la siguiente cita de Morales Carrión en cuanto a la supuesta ignorancia de los estadounidenses:

The invaders knew little about Puerto Rico...American interest in the West Indies had historically centered on Haiti and its dramatic revolution; on Cuba as the darling of U.S. expansionists; on Santo Domingo and its Samaná Bay, desired by mid-century filibusters; and even on the purchase of Saint Thomas as a strategic mart and coaling station.⁴⁸

Para refutar esta tesis, García presenta un análisis de los documentos consulares norteamericanos mostrando que el gobierno estadounidense tenía acceso a datos detallados sobre el valor económico y estratégico de la isla.⁴⁹

De igual manera, García refuta la afirmación de Morales Carrión de que la conquista de Puerto Rico fue: "...a peculiar offshoot of the Spanish-American War, a sideshow of the interna-

⁴⁶ *Ibid.*, p. 157.

⁴⁷ *Ibid.*, p. 156.

⁴⁸ Arturo Morales Carrión, *Puerto Rico: A Political and Cultural History*. New York, W. W. Norton and Company, 1983, p. 130, citado por Gervasio Luis García, "Strangers in Paradise? Puerto Rico en la correspondencia de los cónsules norteamericanos (1869-1900)", *Op. Cit.*, *Revista del Centro de Investigaciones Históricas*, Facultad de Humanidades, Universidad de Puerto Rico, Recinto de Río Piedras, núm. 9, 1997, p. 28.

⁴⁹ García, *op. cit.*, pp. 27-55.

tional crisis over Cuba...”⁵⁰ Apunta que la evidencia generalmente citada para establecer la indiferencia de Estados Unidos es una conversación entre José Julio Henna y Theodore Roosevelt durante el curso del cual el futuro presidente de Estados Unidos indicó que no había considerado la posibilidad de una invasión de la isla. Sin embargo, la evidencia de documentos navales citados en el trabajo de María Eugenia Estades Font establece sin lugar a dudas de que la ocupación de Puerto Rico siempre fue parte del escenario de una guerra con España, proyectado por los planificadores navales.⁵¹ García suscribe el argumento de Estades Font de que los portavoces norteamericanos pusieron de relieve el caso de Cuba, dado que fue más fácil justificar la intervención militar en la isla cercana por razones humanitarias. En la víspera de la declaración de guerra contra España, la táctica de mantener silencio sobre Puerto Rico fue una maniobra astuta para convencer a la comunidad internacional de que el motivo estadounidense no era la adquisición territorial.⁵²

CONCLUSIÓN

El mundo académico estadounidense se ha involucrado en debates improductivos y dicotomías falsas. Se ha debatido incesantemente la importancia relativa de los factores económicos y no económicos en el imperialismo norteamericano sin llegar a conclusiones definitivas sobre la dinámica del surgimiento de una política exterior agresiva. La dicotomía falsa entre el expansionismo continental y el imperialismo ultramarino ha retrasado los esfuerzos por comprender la naturaleza del dominio norteamericano sobre otros pueblos.

Los historiadores que estudian las relaciones exteriores de Estados Unidos desde las perspectivas de las áreas periféricas han hecho aportaciones importantes. Desde el punto de vista de los colonizados, las diferencias sutiles entre el expansionismo

⁵⁰ Morales Carrión, *op. cit.*, p. 133, citado por García, *op. cit.*, p. 28.

⁵¹ María Eugenia Estades Font, *La presencia militar de Estados Unidos en Puerto Rico, 1898-1918. Intereses estratégicos y dominación colonial*. Río Piedras, Ediciones Huracán, 1988, pp. 40-41, citado en García, *op. cit.*, p. 29.

⁵² García, *op. cit.*, 28-29; Estades Font, *op. cit.*, p. 32, citado por García, *op. cit.*, p. 30.

continental y el imperialismo no son pertinentes. En ambos casos se impuso el dominio norteamericano sobre poblaciones de culturas diferentes, sin la intención de incorporarlas ni garantizarle el autogobierno. De igual manera, el debate sobre la importancia relativa de factores económicos no parece muy relevante. La dominación ideológica y material se refuerzan mutuamente.

Espero que el centenario de la Guerra de 1898 estimule más investigaciones sobre el surgimiento de Estados Unidos como potencia mundial. Es de vital importancia que los historiadores en las periferias del gran imperio no dejen esta tarea a aquellos que, en las palabras de Rosenberg, comparten “la arrogancia política y la ceguera cultural que generalmente caracteriza los grandes centros de poder.”⁵³

⁵³ Rosenberg, “Walking the Borders”, en Hogan y Paterson, *op. cit.*, p. 27.